



Rosa Lacombe era muy linda, según asegura un testigo ocular (1). Se ignora el país de su naturaleza. Dióse muy joven al teatro, habiendo adquirido muy buena reputación en las provincias, y fué á París que apenas tenía veinte y dos años, en 1789, cuando lo más recio de la tormenta revolucionaria. Dejose cautivar nuestra joven aventurera por la aparición de un drama verdadero, con el cual no podía compararse ninguno de aquellos en que ella había figurado, drama en que el hálito popular destronaba á los reyes, derribaba los castillos y reducía á escombros privilegios, títulos y preocupaciones, con pasmo y asombro universal. En aquella arena los augures eran favorables al pueblo, y el poder de los reyes empezaba á vacilar. No había allí teatro, tablas ni telón: la escena pasaba al raso; y pudiendo hacer en ella papel el que quisiese, pronto escogió uno Rosa Lacombe, haciéndose el Collot-d'Herbois de las mugeres, pues en suma ni más ni menos había hecho éste. La sangrienta tragedia que se estaba representando cuadraba muy bien á esos héroes de teatro, porque para ellos la realidad era una alucinación á la que se entregaban gustosos, y todavía les hacía ilusión. Del mismo modo nos pintan á Nerón lleno de horrible verdad, cuando, meditando ya sus proyectos parricidas, desempeñaba el papel de Orestes con un puñal en la mano para inmolar á su madre, y llevado momentáneamente de su instinto cruel iba de veras á cometer el crimen.

Era precisamente en los días 5 y 6 de octubre, en que las presas de la revolución habían soltado aquella estupenda riada de mugeres; días de saturnales andrógenas, en que las Górgonas de los mercados, los enjambres de manolas, revendedoras, tenderas, porteras y actrices, semejantes á las nubes de langostas que caen del cielo ó á las procesiones de hormigas que salen de la tierra, pululaban por las calles y plazas, afectando antojos de reinas y dictando leyes al mismo trono; días en fin por entre cuyas fases ardientes tal

(1) El autor de la *Historia del tribunal revolucionario*, tomo 2.º, página 130.

vez el golpe más decisivo fué dado por las mugeres: « Los hombres no llevaban tanta prisa. » Ellas tomaron la iniciativa, y pronto estuvo el rey en París.

En cuanto dieron las ocho de la mañana, descolgóse una legión de esas avispas sobre las casas Consistoriales con amenazas de pegarles fuego. Dícenles que el abate Lefebvre tiene la llave de las salas en que están depositadas las armas. Arrojanse sobre él; y como se niegue á entregársela, las unas le pasan instantáneamente la cuerda al cuello, mientras que otras se introducen por los corredores con antorchas encendidas para pegar fuego á los papeles. Por fortuna, noticiosos los capataces de la falsa dirección que tomaba la bullanga, llegaron á tiempo para poner en razón á aquellas furiosas y llevar su desenfreno hácia el verdadero objeto, que era Versalles. Con esto queda libre el abate Lefebvre, y todos echan á correr hácia Versalles.

En esta gran reyerta ¡cuantas escenas se pasan ora palpitantes, ora burlescas, ora terroríficas! En casos semejantes, se habían visto mugeres dispersas que iban siguiendo el movimiento; pero que mugeres en masa lo imprimieran, sostuvieran y gobernaran, ¡era cosa nunca vista (1)! ¡Cuántos rasgos de valor, cuántos pensamientos heroicos, quedaron sepultados en la obscuridad, ó tan solo fueron descubiertos en las causas subsiguientes, en que se pugnó, aunque en vano, para convertir en crimen su gloria! Rosa Lacombe estaba allí, y en ninguna parte consta su nombre. Solo el marqués de Ferrière dice: (2) observóse allí una muget

(1) Dícese que hubo hombres que se vistieron en traje de mugeres del pueblo y se mezclaron con ellas, y hasta que se reconocieron personajes de distinción, (especialmente el duque de Aiguillon) disfrazados de verduleras. El injurioso folleto titulado *los Tres Regicidios*, página 23, le designa de este modo. « Ese hombre tan gordiflon y de tan mala catadura, que tiene trazas de mozo de cordel, es el viñero que fué duque de Aiguillon, hombre de ínfimo nacimiento, y así tiene modales de ganapan; es tan malo como estúpido, y no salió de su obscuridad sino porque se supo que se disfrazó de verdulera el día 6 de octubre de 1789 y se confundió con los asesinos que tenían cercado el palacio de nuestros reyes. »

(2) *Memorias*, tomo 1.º, pág. 302.

con la vista hurafia, la cara trastornada y un puñal en la mano, que se informaba misteriosamente si el aposento de la reina estaba tan bien guardado como se suponía, y si habría algún medio para introducirse en él; y que al oír la respuesta negativa, torció sus ojos sanguinarios, blandió su puñal, saltó por encima los bancos, y sacudió y despertó á muchas de sus compañeras que la borrachera había amodorrado. Otra muger (1) con traje de verdulera se arrimó al baron Batz, y le hizo saber que iban á llegar la milicia de París y los paisanos del arrabal de San Antonio, que si Lafayette se hubiese negado á marchar, hubiérase sido ahorcado, y enseñándole una contusion que tenía en la mano, dijo: «Un guardia de corps me ha herido con el pomo de su sable... mas yo seré vengada.. la contusion de mi mano será lavada con sangre...» Habló en seguida de su palco de la Opera, de su coche y de su servidumbre; y terminó diciendo que había recibido muchas veces en su casa á un príncipe de la sangre. ¿Cual de estas mugeres era la actriz Rosa Lacombe?

Parecidas á esos espíritus del abismo que nos pintan Milton y Klopstock, que toman segun les parece la forma de los dos sexos, y perturban con nombres ignorados las esferas donde se dirigen, Rosa Lacombe y sus compañeras llenaron continuamente de espanto las altas regiones de la corte cuya entrada osaron por primera vez allanar al pueblo (2).

Hácese mención de una jóven blanda y hermosa que se halló confundida como un contraste entre aquellas desesperadas, y formó parte de la diputación de mugeres que Mounier acompañó al rey. La señorita *Francisca Roulin* hacía de presidenta y debía llevar la palabra; pero un suizo enfurecido viendo que las mugeres invadían el palacio de su amo, le dió un fuerte golpe que no se lo permitió; y la jóven Luisa Chably, vice-presidenta tuvo que ocupar su lugar. Llegada en presencia del rey, cuya amabilidad contrastaba con la brutal

(1) *Idem.*

(2) En la *Gaceta Francesa* se lee: Rosa Lacombe se mostró aquellos días casi al igual de Théroigne de Mélicourt. (Vide el artículo *Théroigne.*)

impaciencia de sus guardias, sintió una emoción involuntaria que apenas le permitió explicarse, y acabó por arrojarse á los pies del príncipe y querer besarle la mano; pero Luis XVI al punto la hizo levantar, diciéndole: «Lléguese V, no es V. tan fea que no pueda recibírsela con los brazos» (1).

(1) *Suceso del 5 de octubre de 1789, pág. 3.*

Había en realidad en el bello sexo un exceso de heroísmo mas allá de lo que pudiera imaginarse. Las mugeres Lavrenne y Tournay derribaron cuanto hallaron á su paso, hicieron espantosa matanza de suizos, y merecieron que la municipalidad les diese medallas de premio. (*Memorias de Bailly*, tomo 3.º, pág. 415.) Manuel dijo en la carta que escribió sobre los sucesos del 20 de junio de 1792: *ya llegó el momento en que las mugeres deben transformarse en héroes.* El general Anselmo tenía una hermana que quiso servirle de ayuda de campo é hizo heroicidades en el sitio de Niza. El autor de la *Historia de los jacobinos*, pág. 54, hace un elogio de una señorita llamada *Mónica* por la bizarría con que se portaba en los motines y por la energía con que hablaba en los clubs, y no reparó en darle el epíteto de *célbre*. En la sesión de los jacobinos del 6 de marzo de 1792, unas mugeres pidieron que se les permitiese armarse con picas para ir á defender la constitucion. Otras hubo que no eran de armas tomar, tales como la ciudadana Bidaut, y proponían premios para el rasgo mas sobresaliente de valor que tuviese lugar en cada seccion; existe una relacion de los comisionados nombrados para la distribucion de estos premios, en que se hace mención de unas jóvenes que se ofrecen á plantar, regar y cultivar con sus manos el árbol de la libertad, y juran que su amor á la patria irá siempre en aumento á medida que sus ramas se extiendan sobre su suelo. La recompensa que ofreció la ciudadana Bidaut consistía en un cuchillo de monte labrado, guarnecido de oro, con figuras y hoja dorada, el cual fué adjudicado al ciudadano Bourgeois, por haber cual otro Horacio Corleá detenido con cuatro compañeros á mas de seiscientos vendeanos á la cabeza del puente de Saint-Maurille, mientras lo estaban cortando, con cuya maniobra se salvó la ciudad de Angers: recibió Bourgeois aquel acero tocado con el iman del republicanismo y del entusiasmo, jurando que no lo tenía sino con la sangre de los enemigos de Francia; y en calidad de testimonio auténtico de agradecimiento se pasó una copia de la relacion á la ciudadana Bidaut. En el *Correo de los departamentos*, por Gorsas, se hallan muchos ejemplos de mugeres que en las provincias se consagraron á la revolucion lo mismo que en París. Léese que en setiembre de 1791 se dió un banquete cívico en Chantilly á los jóvenes que fueron quintados para la defensa de las fronteras. Por la mañana sus madres desconsoladas no querían de ningún modo dejarlos marchar; pero al fin del banquete uno de los convidados pronunció un discurso patriótico con que se electrizaron sus almas, y entonces eran ellas las que les animaban á partir, diciendo que mas valga

De regreso á Paris fundó Rosa Lacombe un club de mugeres que tuvo las sesiones en el osario de la iglesia de San Eustaquio, (1) el cual tomó el nombre de *Sociedad de mugeres revolucionarias*. En esta reunion promovió un proyecto de esposicion á la municipalidad, con el objeto de pedir un decreto en que se concediesen distintivos á las mugeres que sobresalieron en los días 5 y 6 de octubre. Esta esposicion fué tomada en consideracion, y se nombró una comision para que informára sobre su contenido; la que redactó un proyecto de decreto que presentó á la municipalidad de Paris en sesion del 6 nevoso del año II. La prensa periódica de aquella época nos presenta la historia al vivo, y su tono y estilo nos instruyen mejor que otra cosa alguna de la barahunda revolucionaria y del bullicio republicano: así nos parece que el lector verá gusto como refiere esta ocurrencia el *Diario de los Jacobinos*.

#### MUNICIPALIDAD DE PARIS.

Sesion del 6 nevoso del año II.

El secretario leyó un proyecto de decreto en que se pide que las ciudadanas que estuvieron en Versalles en los famosos días 5 y 6 de octubre sean admitidas en las ceremonias públicas. Pacquotte apoya la proposicion, manifestando que dichas ciudadanas desplegaron extraordinaria energía en aquellas árduas circunstancias, y que sin ellas hubiéramos sucumbido la causa del pueblo. (Murmillos en las tribunas.) Tomó la palabra el agente nacional, y dijo que no hay que admirarse de que haya habido mugeres que hayan mostrado heroismo en los combates, citando la célebre accion de Juana Hachette, que salvó la ciudad de Beauvais; y añade que no solo han tenido parte en los grandes sucesos presentes las ciu-

morir libres que vivir mandados por tiranos. Con esto no creemos haya quien repita con M. L. Herminier que las mugeres permanecieron aisladas de la revolucion, y que las amedrentó.

(1) *Historia secreta del tribunal revolucionario*.

dadanas que fueron á Versalles, sino que todas las ciudadanas de Paris han participado de ellos. (Aplausos en las tribunas) Vialard recarga sobre la misma opinion del agente nacional, haciendo un elogio pomposo de la bizarría y el patriotismo de las ciudadanas que estuvieron en Versalles, y diciendo que no tan solo arrojaron la lluvia, sino tambien los sablazos y fusilazos; y concluye manifestando que seria la mayor ingratitud negarles la demanda. — En su virtud el consejo decretó que las ciudadanas patriotas de los días 5 y 6 de octubre ocupasen un lugar preferente en las ceremonias cívicas, y fuesen precedidas de una bandera con la misma inscripcion que se lee en el arco de triunfo del baluarte: *Han arrojado cual vil presa al tirano; y al otro lado: mugeres de 5 y 6 de octubre; ademas, que irán acompañadas de sus esposos é hijos y haciendo calceta* (1).

Con la ironía de esta última espresion se echa de ver que Chaumette fué el redactor del decreto; lo que sin embargo no impidió que se llevase á ejecucion, ni en lo sucesivo dejó de verse ondear con orgullo la bandera de las mugeres condecoradas con esas nuevas insignias.

Hasta 10 de agosto de 1792 contentóse Rosa Lacombe con presidir el club con gorro encarnado, siendo asimismo su orador habitual. Conforme á las costumbres de aquella época, dió rienda suelta á sus pasiones; pero cuando se trató de atacar al poder real en su propio santuario, y de empeñar la terrible lucha que habia de poner término á toda rivalidad entre él y el pueblo con el triunfo del uno ó del otro, levántase Rosa Lacombe hasta el último grado de su heroismo, declara que es necesario acabar con el trono, toma un sable y un fusil, y lánzase al lado del general Westermann á la cabeza del batallon marsellés (2) al asalto de las Tullerías.

(1) *Diario de los Jacobinos*, tomo V, núm. 498.

(2) Los marselleses fueron los que tomaron parte mas activa en los sucesos de 10 de agosto. Robespierre en su *Defensor de la constitucion*, página 571, dice lo siguiente: «Sobresalia el inmortal batallon de Marsella, célebre ya por las victorias que obtuviéramos contra los tiranos del Mediodía. Esta legion á la par imponente por lo numerosa, por la infinita diversidad

Nada iguala su intrepidez: vésele siempre delante y en los puntos mas peligrosos, recibe una herida en la muñeca, y ostenta una bizarría tal, que los marseleses le confieren á unanimidad una corona cívica, la cual depositó ella despues en el seno de la asamblea legislativa, como para dar á entender que esta fué quien la mereció por haber obligado al rey por medio de resortes ocultos á bajar del trono (1).

¿ Hemos de entrar otra vez en la penosa descripcion del 4 de setiembre, eterna pesadilla de los anti-republicanos y su manoseado espantajo? (2). Rosa fué una de las mas terribles heroínas en estos acontecimientos, sirviendo sucesivamente de teatro á su insano furor la Abadía, San Fermin, la Conserjería y Bicêtre.

Vamos á dar una reseña del estado en que se hallaba la Francia cuando la invasion del terrorismo, y con ella aparecerá tal vez menos sorprendente el formidable carácter que entonces tomó el genio revolucionario: dilapidada la riqueza pública y á punto de anonadarse; un papel sin crédito, y disminuyendo cada dia de valor; los ejércitos sin aprovisionar, casi en esqueleto, mandados por gefes que no inspiraban entera confianza y batidos en todas partes; dueños los enemigos de las mejores plazas de guerra, y la Europa entera amagando con una invasion; apoderado el desaliento de todas las clases, é inminente la falta de comestibles; inestables las miras del gobierno; absorto, sin fuerza ó corrompido el consejo ejecutivo, centro de la accion administrativa; diseminados en todas partes los agentes del estrangero, difundiendo sus perfidias so el disfraz del mas acendrado patriotismo, introduciendo el espíritu de traicion en las dependencias mas esenciales de la administracion pública, relajando todos los

---

de las armas, y principalmente por el sentimiento sublime de libertad que respiraban los semblantes de sus individuos, presentaba un espectáculo que ninguna lengua puede expresar, y de que no pueden formarse una idea exacta los que no han visto mas que los sucesos del 14 de julio de 1789.»

(1) Vide *Biografía de las mugeres*, y el *Monitor* del 27 de agosto de 1792, número 240.

(2) Vide la nota del final del artículo.

resortes y disolviendo todos los vínculos; en el exterior la coalicion, y la desorganizacion en el interior. Ya no habia mas que tender el cuello, y con un paso retrógrado de tres años, que equivalian á tres siglos, entrar de nuevo en el limbo de la legitimidad y en los pañales de la monarquía, ó dejarse aniquilar sin resistencia por quinientos mil hombres prontos á caer sobre la Francia.

No era este el modo de pensar de los rugientes leones de 92; su intencion era sobrecoger los ánimos con espanto grandioso; y al efecto su cabeza monstruosa produjo el sistema del terror, y le opuso, como el toro encendido de Falaris, emblema de la inexorable necesidad, á todos los que no se conformasen con la revolucion. Tal fué la obra de los miembros mas enérgicos de las varias secciones de la convencion; y con ella tuvo principio el gobierno revolucionario, reinado de hierro que duró diez y ocho meses, y que á efectos de un concepto gigantesco supo acudir á todos los males y salvar el país de un espantoso abismo. Desde entonces absorbió la convencion y fué el centro de todos los poderes, é invistióse de una autoridad tan estensa cuanto era excesivo el desórden que habia que remediar, é inmensos los obstáculos que vencer. Dióse por órden del dia la justicia y el terror, y este grito resonó en todos los ángulos de Francia como la trompeta del ángel exterminador. « ¡ Rigor inflexible contra los traidores! dice Saint-Just; no haya perdon para los que intentaren detener la marcha de la revolucion! ¿ Tendrá que desviarse su carro, por temor de que en su rápida carrera rompa algunas cabezas inocentes? »

Los efectos que produjo este sistema fueron portentosos. Todo quedó comprimido en vista de los golpes terroríficos que se dieron de un extremo á otro del reino. Bastábale á ese gobierno una palabra para crear ó destruir: puso en quinta á toda la Francia; licenció sin temor y sin sacudimiento un ejército temible; redujo las juntas de seccion; hasta los jacobinos, antes tan altivos y turbulentos y sobre todo tan poderosos por medio de sus afiliaciones, se quedaron estupefactos; acostumbró la opinion á no ver mas que en él la salud de la república, y todo se doblegó á su inflexible voluntad. Jamas ha habido poder en